

que la ingratitud que Daraja usó conmigo me la pagara Zulema y le matara, no teniendo culpa? Disparate fuera muy grande. En lo que me vengo de Daraja es en no mirarla, y en hacer á mi dama mil ofrendas en presencia de ella, y esta es mucho mayor venganza que si la matara. Por vuestra vida, muy esforzado Reduán, que cesen todos vuestros rencores, y nos volvamos á Granada.»

Con esto cesó el valiente Muza, y Reduán respondió diciendo: «es tan grave mi tormento, y tan grande el infierno que arde en mis entrañas, que no me deja reposar, porque de noche arde en mi pecho un Mongibelo, y de día me enciende un volcán, sin cesar de abrasarme, de modo que, para mitigar el fuego en que me abraso, no aguardo sino la acerba y cruda muerte. — Quiero preguntar, señor Reduán, dijo Muza, qué remedio pensáis sacar después de muerto de todos vuestros males. — Descanso, respondió Reduán. — Y sepámos, dijo Muza, si acaso en la escaramuza que pretendéis hacer, matais á Gazul, y averiguadamente la dama os aborrece mas; y si por haberla privado de su gusto, y por vengarse de vos pone los ojos en otro, ¿le habeis de matar también? — Ahora querría acabar esta escaramuza, respondió, que después el tiempo me dará orden á lo demás.»

Visto Muza que se iban, y que no había podido reducir á la razón á Reduán, se fué con ambos, con esperanza de aplacar la escaramuza; y tan buena priesa se dieron á caminar, que en breve tiempo llegaron á la fuente del Pino; y en parando, Muza ató al pino el caballo de Albayaldos, y les enseñó el sepulcro, y de nuevo volvió á rogar á Reduán que no prosiguiese en su intento, y que dejase aquella empresa, que no importaba. Reduán, sin responder palabra, dijo á Gazul: «ea, robador de mi gloria, ahora estamos en parte donde se ha de acabar de perder mi esperanza.» En diciendo esto, empezó á escaramucear por lo llano, y á llamar á Gazul que viniera á la escaramuza. Gazul, enfadado del arrogante contrario, como quien pretendía privarle de todo punto de su bien, y frustrarle la esperanza que tenía de gozar á Lindaraja, sin hacer flores de escaramucear, en un momento se juntó con Reduán con una ardiente cólera, y se comenzaron á dar tan terribles golpes de lanza, que era admiración. Reduán rompió á su contrario la adarga y jaco, y le dió una pequeña herida, de la cual salía mucha sangre. Gazul, viéndose así herido á los primeros golpes, para vengarse aguardó que Reduán se ladease con el caballo para herirle en el descubierto; y sucedió como lo imaginó, porque Reduán quiso volver con otro golpe, y fué rodeando para ejecutarle, y se le acercó cuanto pudo. Luego que Gazul le vió tan cerca arremetió su caballo con tanta presteza, que cuando Reduán entendió escaparse del encuentro, ya lo tenía recibido, y no tuvo lugar sino de adargarse por reparar el golpe; pero no le valió ser fina la adarga ni la jacerina, que el hierro de la lanza lo falseó todo, y quedó Reduán mal herido, y retirándose Gazul volvió á herir á Reduán; y él venía con su lanza enristrada, y se encontraron tan fuertemente, que se quebraron las lanzas, y ambos se hirieron en los pechos; y como se vieron tan cerca uno de otro, se abrazaron, haciendo mucha fuerza para sacarse de la silla, y así pelearon gran rato sin poder efectuar su pretensión.

Los caballos, como se vieron tan juntos, alborotándose y dando relinchos, empezaron á morderse, y empuñándose, á pesar de sus señores, volvieron de ancas para hacerse mal con las herraduras; y al tiempo de revolverse, como estaban apretados los caballeros el uno con el otro, de necesidad hubieron de venir ambos al suelo; pero Reduán como mas fuerte se trajo tras sí á Gazul, y quedó debajo. Reduán que se vió en tanto peligro, hizo mucha fuerza con los brazos y pechos, y afirmando los pies en el suelo, dió tales enviones, que desechó á Gazul de encima, y se levantó luego en pié, y lo mismo hizo Gazul, y muy

presto se adargaron; y poniendo mano á sus alfanjes se comenzaron á herir terriblemente, dándose recios golpes, de suerte que las adargas se hicieron pedazos, y quedaron muy mal heridos. El que estaba mas herido era Reduán, porque tenía dos heridas de lanza. Ambos andaban mal heridos, sin reconocerse ventaja en ninguno. Las libreas estaban rotas por el suelo y las armas descubiertas, de suerte que cada uno procuraba herir en las partes mas flacas de las armas, para que el golpe no fuese en balde. Los alfanjes eran damasquinos y de muy finos temple, y no tiraban golpe que las armas no fuesen rotas y ellos heridos, y así en dos horas que había que lidiaban, estaban tales, que no se podía esperar sino la muerte de ambos.

Reduán llevaba lo peor de la escaramuza, porque aunque es verdad que era de mas fuerza que Gazul, era mas seguro, y entraba y saltaba mas á su salvo, y hería como quería Gazul, lo cual no hacia Reduán, á cuya causa andaba tan mal herido; mas los golpes que Reduán acertaba, eran muy desafortados. Muy mal heridos andaban los dos, y mucha sangre vertían; lo cual visto por Muza, atendiendo que si la escaramuza pasase adelante, aquellos dos tan buenos caballeros habian de morir, de compasión que dellos tuvo, se apeó de su caballo, y se fué á poner en medio de ambos, diciendo: «señores caballeros, hacedme merced que no pase adelante la escaramuza, porque si proseguís, me parece que ambos morireis.» Gazul se apartó luego, y el valeroso Reduán, aunque contra su voluntad se hubo de apartar, considerando que Muza era hermano del rey; y apartados los curó Muza, y apretó las heridas, y subiendo en sus caballos, tomó Muza del diestro el de Albayaldos, y se fueron á Arbolote; y serian las cinco de la tarde cuando llegaron, y preguntando por Alabéz, le hallaron mal herido en una cama, curado con gran diligencia por un buen maestro que allí estaba. Luego los dos caballeros Reduán y Gazul también fueron puestos cada uno en su cama, y curados por aquel cirujano, y los regalaron y proveyeron de todo lo necesario. Mucho se admiró Malique Alabéz viendo á Gazul y á Reduán tan mal heridos, porque ambos eran muy grandes amigos suyos. Ahora los dejaremos curando, y ya hechos amigos, y volveremos á contar de Granada, y de algunas cosas que en ella sucedieron el día siguiente que pasaron estas dos escaramuzas.

CAPITULO XII.

En que se da cuenta de una pendencia que los Zegries tuvieron con los Abencerrajes, y cómo estuvo Granada á punto de perderse.

Puestos los caballeros en cura, partió Muza á Granada, llevando el caballo de Albayaldos consigo, y puesto el sol llegó á la ciudad; y entrando por ella se rebozó con el cabo del capellar por no ser conocido, y así llegó al Alhambra á hora que el rey su hermano se sentaba á cenar; y apeándose, dió los caballos á uno de la guardia, y se entró en el real aposento. El rey se maravilló de verle venir de camino, y le preguntó dónde había estado aquel día. Muza le dijo: «señor, cenemos, y después os diré cosas de que os admireis.» Cenaron, que bien lo había menester Muza, y acabada la cena contó por estenso la muerte de Albayaldos, las heridas de Alabéz, y la escaramuza de Gazul y Reduán, con lo cual fué el rey muy suspenso, y sintió la muerte de Albayaldos; y el día siguiente se publicó por la ciudad, y todos hicieron mucho sentimiento, y en particular su primo Aliatar, que juró de vengar su muerte, aunque le costase la vida.

Todos los caballeros fueron á darle el pésame á Aliatar; los primeros fueron los Zegries, Gomeles, Venegas, Mazas, Gazules y Bencerrajes, y otros muy principales caballeros de la corte, y á la postre fueron Alabeces y Abencerrajes; y puestos todos en sus asientos, como en casa de un principal caballero, después de haberle dado el pésame, se trató si sería bueno hacer por él el debido senti-

imiento, como por semejantes hombres se suele hacer. Para esto hubo grandes pareceres, porque unos decían que no, por cuanto siendo Albayaldos moro, al tiempo de su muerte se volvió cristiano. Los Venegas decían que no importaba eso; que sería bien que sus deudos y amigos hiciesen sentimiento, así por los unos como por los otros. Los Zegries decían, que pues Albayaldos se había vuelto cristiano, que no se holgaria Mahoma de que ellos hiciesen sentimiento, porque se había apartado de su secta, y esto era guardar derechamente el rito del Alcorán. Los Abencerrajes decían que el bien que se había de hacer fuera por amor de Alá, y que si Albayaldos se había vuelto cristiano á la hora de su muerte, que aquel secreto solo Dios lo sabia, y que no por esa causa se dejase de hacer el debido sentimiento. Un Zegri llamado Abenámár dijo: «ó el moro moro, ó el cristiano cristiano: dígame, porque en esta ciudad hay caballeros que cada día envían limosnas á los cautivos cristianos que están en las mazmorras del Alhambra, y les dan de comer, y son los caballeros que digo los Abencerrajes. — Decís verdad, dijo Abinhamad, Abencerraje, que todos nos preciamos de hacer bien á los cristianos y á cualquier necesitado, porque los bienes los da el santo Alá para hacer bien por su amor; pues los cristianos dan limosnas á los moros en nombre de Dios, y por su amor lo hacen, y yo que he estado cautivo lo sé, porque las he visto dar, y á mí me han hecho bien; y en reconocimiento desto yo y mis parientes hacemos la limosna que podemos á los cautivos cristianos, que por ventura lo estaremos nosotros algun día. Y á cualquier caballero que le pareciere mal, es muy ruin, y si tiene poco de caridad; y tóquele á quien le tocara: cualquiera que dijere que hacer limosna á quien la pide no es bueno, miente, y lo sustentaré.»

El valeroso Zegri, ardiendo en saña, por verse desmentido, sin responder alzó la mano para herirle en el rostro al Abencerraje, el cual reparó el golpe en el brazo izquierdo; pero no fué tan bueno el reparo, que por eso dejase el Zegri de alcanzarle en el rostro con las yemas de los dedos, de lo cual se sintió el Abencerraje, y rabioso como un león hircano, en viva cólera ardiendo, puso mano á la daga, y antes que se moviera un paso el Zegri, le dió dos puñaladas, ambas penetrantes: al momento cayó muerto á los pies del Abencerraje. Otro caballero Zegri embistió al Abencerraje para herirle con un puñal; pero no pudo, porque con gran presteza le asió del brazo derecho el Abencerraje, de modo que el Zegri no pudo hacer lo que pretendía, y el animoso y esforzado Abencerraje le dió una herida en el estómago, con la cual cayó muerto. Los Zegries que allí había, que eran mas de veinte, pusieron mano á las armas, diciendo: «mueran los traidores Abencerrajes.» Los Abencerrajes se pusieron en defensa. Los Gomeles fueron en favor de los Zegries, y serian mas de veinte, y con ellos otros tantos Mazas. Lo cual visto por los Alabeces y Venegas, fueron en favor de los Abencerrajes, y entré estos seis linajes de caballeros se comenzó una revuelta brava y reñida, que en muy poco tiempo fueron otros cinco Zegries muertos y tres Gomeles, y dos de los Mazas, y en estos tres linajes hubo caídas heridas. De los Abencerrajes no hubo muerto, mas hubo diez y siete heridos: á uno le cortaron un brazo á cercén. De los Alabeces murieron tres, y hubo ocho muy mal heridos. Algunos Venegas salieron heridos, y dos muertos. Mucho mayor fuera la desgracia, si Aliatar y otros caballeros no se pusieran en medio; y algunos de los que ponían paz salieron heridos. Con esta riña, que parecía hundirse Granada, salieron todos á la calle continuando su pendencia; pero como los moros que ponían paz eran muchos, y de mucho valor, que eran Sarracinos, Bencerrajes, Gazules, Almohades y Almoradis, tanto hicieron que los pusieron en paz, aunque con dificultad, porque los de la pendencia eran muchos, y había muertos de por medio.

El rey Chico fué avisado de lo que pasaba, y salió del Alhambra, y fué adonde era la cuestión, y aun no estaba de todo punto el negocio acabado. Los caballeros de la pendencia, así como reconocieron al rey, se apartaron, y se fué cada uno por su parte. Hecha la averiguación del caso, mandó prender á los caballeros Abencerrajes, les dió por cárcel la torre de Comares, y á los Zegries mandó poner en las Torres-Bermejas, á los Gomeles en la Alcazaba, á los Mazas en el castillo de Bibatambien, á los Alabeces en la casa y palacio de Generalife, y los Venegas en una torre fuerte de los Alijares; y el rey muy enojado se subió al Alhambra, diciendo: «por Mahoma juro, y por mi corona, que he de apaciguar estos bandos, con quitar seis cabezas á cada linaje.» Los caballeros que le iban acompañando le suplicaron que no hiciese tal, porque eran la mapa de la ciudad, y todos bien emparentados; y si hacia cualquier castigo, se alborotaría la ciudad, y aun todo el reino, y habria un escándalo, que quisiese luego remediarlo y no pudiese; que lo mejor seria hacerlos amigos, á cuyo trabajo y cuidado ellos se obligaban. Finalmente, aplacado algun tanto el rey con lo que dijeron los caballeros, les encargó que hiciesen con brevedad las amistades.

Hicieron tanta diligencia los Aliatares, Bencerrajes y Almoradis, que en espacio de cuatro días todos los caballeros que riñeron fueron amigos, y las muertes perdonadas, llevando las justicias gran cantidad de dinero para la cámara real. Esto pasado, soltaron á los presos, cuando los Zegries muy lastimados apellidaron entre ellos venganza de tanto daño y deshonra, y para contrastarla se juntaron un día todos los Zegries y Gomeles en un jardín muy deleitoso de una huerta junto á Darro, y después de haber comido todos á una mesa, estando sentados por su orden, un caballero Zegri, á quien los demás respetaban por mayor y cabeza dellos, hermano de aquel Zegri que mató Alabéz en el juego de cañas, comenzó á hablar, mostrando grande tristeza, y á decir así: «valerosos caballeros Zegries, deudos y amigos míos, y vosotros los Gomeles, advertid lo que quiero deciros con lágrimas de sangre. Ya sabeis en cuánto se debe estimar la honra: cuánto cuesta conservarla, y que en un instante se pierde; y una vez perdida, no se cobra jamás: dígame, porque en Granada nosotros los Zegries, y vosotros los Gomeles, estamos puestos en el trono y alteza que podemos desear: el rey nos estima, la ciudad nos ama, riquezas tenemos abundantemente, y estos caballeros mestizos Abencerrajes procuran quitarnos el honor y abatirnos, y nos han muerto á mi hermano, y otros tres ó cuatro deudos, y asimismo de los caballeros Gomeles, haciendo de nosotros infame menosprecio. Todo esto pide entera venganza; porque si no la procuramos presto, harán los Abencerrajes que no seamos nada, y que nadie nos estime; y para el reparo es menester, por todas las vías y modos que se pudiere, que busquemos cómo seamos vengados, y nuestros enemigos aniquilados y destruidos, porque nos quedemos en nuestra honra permanentes. No se puede hacer por fuerza de armas, respecto que el rey puede proceder contra nosotros; pero tengo imaginado un buen medio, aunque no es á ley de caballeros, sino para vengarnos de nuestros enemigos.» Un caballero de los Gomeles respondió: «señor Zegri Mahomad, ordenad lo que conviene, que aquí os seguiremos. — Pues sabed, dijo el Zegri, que he determinado poner mal á los Abencerrajes con el rey, de modo que ninguno viva, diciendo que Albid Hamete, cabeza dellos, cometió adulterio con la reina; y he de atestiguar con vosotros, y habeis de decir que es verdad lo que yo digo, y que á quien nos contradijere se lo daremos á entender; y que los Abencerrajes le pretenden matar y quitar el reino, y con esto sin duda que el rey los mandará degollar á todos; y dejadme el cargo, que yo daré la orden para ello. Este es mi pensamiento,

amigos y parientes; ahora dadme vuestro parecer, y sea con secreto, porque ya veis lo que importa.» Acabando el Zegri su diabólica y mal pensada razón, todos dijeron á una que estaba bien acordado, y que se hiciese así, que todos favorecerían su intención. Luego fueron señalados dos caballeros de los Gomeles para que el Zegri y ellos propusiesen el caso delante del rey.

Acabada de tratar esta tan insolente traición, fueron á la ciudad, donde estuvieron con su dañado pensamiento aguardando tiempo y lugar para ponerlo en ejecución; y así los dejaremos á ellos, y volveremos al moro Aliatar, que estaba enojado por lo que en su casa había sucedido, y triste por la muerte de su primo Albayaldos, y juró de vengar su muerte, y propuso de ir á buscar al maestre para matarle si pudiese; y para esto no quiso dilatar más su deseo, sino luego se puso un jaco acerado sobre un estofado jubon, y una marlota leonada sin guarnición, y púsose un acerado casco, sobre él un bonete leonado, y en él un penacho negro. Trajéronle un caballo enjaezado de negro, lanza y adarga negra, sin otra señal ni divisa; salió tan gallardo y brioso, que pocos le igualaron en la ciudad, y llegando á la plaza nueva, vino bajando el camino de Antequera para buscar al maestre, ó á otros cristianos en quien vengar la muerte de su primo Albayaldos.

Habiendo pasado de Loja, vió un escuadrón de cristianos que venía para entrar en la Vega, los cuales traían un pendon blanco y una señal roja, la cual era la cruz de Santiago, y por capitán desta gente venía el maestre de Calatrava, que ya estaba sano de sus heridas por haberlas curado con precioso bálsamo. Aliatar conoció ser aquesta señal del maestre, porque él le había visto muchas veces en la Vega; y arrojándose al escuadrón, dijo en voz alta: «¿por ventura viene aquí el maestre de Calatrava?» El maestre que esto oyó, se adelantó de su gente, y le dijo al moro: «¿para qué preguntas por él?—Quería hablarle, dijo el moro.—Si no es para más, yo soy, decid lo que queréis.» Aliatar mirando al maestre le conoció luego en la cruz, y arrojándose á él sin ningún temor y sin saludarle, le dijo: «maestre esforzado, con razón os podeis llamar el caballero más dichoso del mundo, pues habeis alcanzado victoria de tantos y tan buenos caballeros, y más con la que alcanzasteis de mi primo Albayaldos, gloria y espejo de todos los caballeros de Granada, que es tanto el sentimiento mio, que muero en pensarlo. Mi venida es en busca vuestra para vengar la muerte de mi primo, acudiendo á la obligación que tengo; y pues os he topado, holgaré cumplais mi deseo; y si muriere en la escaramuza, partiré consolado, por morir á manos de tan principal caballero, y por hacer compañía á mi amado primo.» A lo cual respondió el maestre: «holgárame, Aliatar, que ya que me habeis topado habiéndome buscado, que fuera para cosa que yo os pudiera servir, que juro como caballero, que en mi tendreis eterna amistad, y me holgaría que no hiciésemos escaramuza, porque vuestro primo hizo el deber como caballero; quiso Dios llevárselo al cielo, porque al tiempo de su muerte le conocí, y pidió el agua del bautismo, y se volvió cristiano; dichoso él, pues goza de Dios! Por eso no querría que tuviésemos escaramuza sin haber para qué, sino ved si os puedo servir en algo, que lo haré por vos.—En mucho ostimo la merced que me haceis, señor maestre, respondió Aliatar; por ahora no se me ofrece cosa en que me la hagais, sino que me clama la sangre de mi primo Albayaldos, y querría que no dilatásemos la escaramuza; y asimismo quisiera que me asegureis que de los vuestros no seré ofendido, sino que solo con vos he de lidiar.—Mucho me holgara, dijo el maestre, que no pasarais adelante con vuestro intento; pero pues esta es vuestra voluntad, hágase lo que queréis. En lo que pedís, que no seais ofendido de los míos, yo os doy seguro dello.» Diciendo esto alzó las manos á su gente, haciendo señal

que se retirasen de allí, y esta era bastante señal de seguro.

La gente luego se retiró; lo cual visto por el moro, dijo al maestre: «ea, caballero; ya es tiempo de comenzar vuestra escaramuza», y diciendo esto movió su caballo á media rienda, escaramuceando con gracia. El maestre, hecha la señal de la cruz, alzó los ojos al cielo, diciendo: «por vuestra santísima pasión, señor mio Jesucristo, que me deis victoria contra este pagano;» y diciendo esto, con bravo ánimo arremetió su caballo por el campo, escaramuceando contra el moro; y aunque no estaba sano de las heridas que le dió Albayaldos, y le impedían para pelear, su gallardo ánimo suplía los defectos de sus heridas, y notando la braveza de Aliatar, su denuedo y lijereza de escaramucear, dijo entre sí: «conviene andar cuidadoso porque este moro no alcance victoria, lo cual no permita Dios;» y diciendo esto seogó su caballo, viniéndose despacio, y los ojos puestos siempre en su enemigo para ver lo que haría.

El moro, que vió andar así al maestre, no sabiendo la causa, se le fué acercando para hacerle algún daño; y estando cerca dél, confiado en el valor de su brazo, enderezó para dar el golpe, entendiendo que el maestre no estaría en el caso advertido; y levantándose sobre los estribos le arrojó la lanza con tanto ímpetu, que el hierro y banderilla iban rechinando por el aire. El maestre que vió desembrazar la lanza con tan gran violencia, y que él así venía crugiendo por el aire, con gran presteza arremetió su caballo, y se apartó acia un lado, hurtándole el cuerpo, de modo que pasó por delante, y se clavó en la tierra sin hacer efecto. Habiéndose el maestre apartado con tal presteza, y cual halcón suele asaltar á los astutos gorriones, arremetió al moro para herirle; el cual no osó aguardar, porque le vió venir con violencia, y revolviendo el caballo fué adonde estaba clavada la lanza; y llegando tiró della y la sacó del suelo con una presteza admirable; y revolviendo para herir al maestre, le vió tan cerca de sí, que le venía á los alcances, que no se pudo hacer otra cosa sino embestirse el uno al otro, y diéronse dos grandes encuentros. El moro dió á su contrario en el escudo y se lo falseó, y le hirió en el pecho de una mala herida. El golpe que el maestre dió fué muy bravo, porque rompió la adarga del moro, aunque era muy fuerte, y el jaco acerado, y le hizo una mala herida por la cual salía mucha sangre.

Bien sintió el moro que estaba mal herido, pero no por eso mostró punto de desmayo, antes con mas ánimo arremetió al maestre, blandiendo la lanza como si fuera un junco. El maestre usó de maña con él, que al tiempo que se hubieron de encontrar los dos, ladeó un poco su caballo, de suerte que le dió Aliatar en la adarga al soslayo, y aunque la rompió no entró el hierro en la carne. El maestre le dió de través en lo descubierta, y le hizo una mala herida. El moro, encendido en ira rabiosa, casi desesperado, arremetió al maestre para herirle, pero guardábase de los golpes con gran lijereza. Y visto por el moro la grande destreza del maestre, maravillado detuvo su caballo, y le dijo: «cristiano caballero, si queréis, y es vuestro gusto, fenezcamos nuestra escaramuza á pié, pues ha gran tiempo que combatimos á caballo.» El maestre dijo que le placía, y se alegró, porque era grande la destreza que tenía á pié; y así se apearon los dos fuertes guerreros, y embrazando sus escudos, con las armas en la manos se acometieron con tanta fortaleza como dos bravos leones; pero poco le valió al moro su braveza, que tenía poderoso enemigo. Herianse por todas partes, procurando cada uno dar la muerte á su contrario, y así andaban los dos muy encarnizados: llevaba el moro lo peor, aunque no lo sentía, porque de dos heridas destilaba mucha sangre, y tanta que donde Aliatar ponía los piés quedaba rastro; más como era el moro valiente y

de tan animoso corazón, no lo sentía, y así se mantenía en su escaramuza. A esta sazón tiró el maestre un revés á su enemigo, y le cortó la adarga como si fuera de seda; lo cual visto por el moro lo sintió, y muy sañudo dió un golpe al maestre por encima de su escudo, que parte dél vino al suelo; y como el maestre lo alzó por defender la cabeza, la punta del alfanje alcanzó con tal valor, que el acerado casco del maestre fué roto, y quedó herido en la cabeza: la herida no fué grande, respecto que el alfanje le tocó por los extremos, pero salíale tanta sangre que le bañaba los ojos, de modo que le turbaba; y si á la sazón el moro no anduviera tan debilitado por la falta de sangre, el maestre corría peligro, porque como el moro vió tanta sangre por el rostro del maestre, cobró ánimo, y comenzó á herirle bravamente; más como estaba desangrado, no pudo acometer al maestre como quisiera, ni mostrar su valor: con todo eso, ponía en aprieto al maestre, el cual como se vió tan perseguido del moro, y que tanta sangre le salía de la herida de la cabeza, de todo punto enojado, poniendo la vida en mucho riesgo, cubierto lo mejor que pudo con la parte de esendo que le quedaba, acometió á Aliatar, llevando su espada de punta. El moro que le vió venir no le rehusó, que también le embistió, pensando con aquel golpe fenecer la escaramuza. El maestre le hirió de punta al moro con gran furia, de suerte que la espada entró hasta lo más escondido de sus entrañas; más no pudo hacer tan á su salvo el maestre esta herida, que él no quedase mal herido de otra en la cabeza; de tal suerte que aturdido vino al suelo, derramando mucha sangre. El moro, que vió al maestre en tierra y cubierto de sangre, entendió que era muerto, y fué para cortarle la cabeza; pero cuando se movió para ello cayó en tierra muerto, á causa de haberle pasado las entrañas. A esta sazón el maestre volvió en sí, y viéndose puesto en tal estado, receloso que el moro viniese sobre él, con presteza se levantó, y mirando á Aliatar le vió tendido en el suelo que no se movía: entonces se hincó de rodillas, y dió muchas gracias á Dios por la victoria, y levantándose se fué al moro, y le cortó la cabeza, y la arrojó en el campo; luego tocó la corneta, y al sonido vino su gente, y vista la victoria se holgaron; y como le hallaron tan mal herido les pesó mucho, y cogiendo los caballos le dieron el suyo al maestre, y el del moro cogieron de la rienda, y la cabeza de Aliatar puesta en el pretal, despojando el cuerpo de ropas y armas, se fueron para curar al maestre, el cual quedó desta escaramuza con mucha honra; y por ella se hizo aquel antiguo romance que dice así:

De Granada sale el moro
Que Aliatar era llamado,
Primo hermano del valiente
Y esforzado Albayaldos:
Aquel que mató al maestre
En el campo peleando.
Sale á caballo este moro
De finas armas armado,
Sobre ellas una marlota
De damasco leonado;
Leonado era el bonete,
Negro el plumaje azulado.
La lanza también es negra,
Adarga negra ha tomado;
También el caballo es negro,
De valor muy estimado.
No es pollo de pocos días,
De diez años ha pasado;
Tres cristianos se lo cuidan,
Y el mismo les da recado.
Sobre tal caballo el moro
Se sale muy enojado;
Llegando á la plaza nueva
Acia Barro no ha mirado,
Aunque pasó por la puerta,
Segun va encolerizado;
Sale por la puerta Elvira
Y por la Vega se ha entrado.
Camino va de Antequera
En Albayaldos pensando;
Topar desea al maestre
Para vengarse á su salvo;
Y en llegando junto á Loja
Un escuadrón ha encontrado.
Todo es de lucida gente,
Por señas un pendon blanco,
En medio una cruz roja,
Del apóstol Santiago.

Llegándose al escuadrón
Sin temor ha preguntado:
«Si venía allí el maestre
Que don Rodrigo es llamado.»
El maestre allí venía,
De su gente se ha apartado.
Y dijo: «¿qué buscas, moro?
Yo soy el que has demandado.»
Conocéle luego el moro
Por la cruz que trae al lado,
Y también en el escudo
Que lo tiene acostumbrado.
«Dios te guarde, buen maestre,
Buen caballero estimado:
Sabrás que soy Aliatar,
De Albayaldos primo hermano,
A quien tú diste la muerte,
Y le volviste cristiano;
Y ahora soy yo venido
Solamente por vengarlo;
Apercíbete á batalla,
Que aquí te aguardo en el campo.
El maestre que esto oyó,
No quiso más dilatarlo:
Vase el uno para el otro,
Muy grande esfuerzo mostrando.
Dábanse grandes heridas
Reciamente peleando:
El maestre es valeroso,
El moro no le ha durado.
Finalmente le mató
Como varón esforzado;
Cortárale la cabeza,
Y en el pretal la ha cogido.
Volvióse para su gente
Muy malamente llagado,
Y su gente le llevó
Donde fué muy bien curado.

A cuatro días que pasó esta escaramuza se supo en Granada cómo Aliatar murió á manos del maestre, lo cual sintió mucho el rey, viendo que en tan poco tiempo le había muerto dos tan buenos caballeros, como eran Aliatar y Albayaldos. También lo sentían todos los caballeros, y la alegría de los días pasados se volvió en tristeza y pesar por la muerte destes dos tan principales; lo cual visto por el rey, acordó con su consejo, que se volviesen á alegrar, y ordenóse que todos los caballeros que jugaron en la sortija pasada se casasen con las damas; que se hiciese sarao público, y se cantase y danzase la zambra, que es fiesta entre moros muy estimada, y que se corriesen toros, y hubiese juego de cañas. Y para esto dió el rey orden al valeroso y valiente Muza, el cual se encargó de hacer las cuadrillas del juego, y de hacer traer los toros. Grande contento sintieron los caballeros mancebos que tenían damas; y así toda la ciudad tuvo tanta alegría como de antes, y aun más; porque luego los caballeros comenzaron á ordenar juegos y máscaras de noche por las calles, mandando poner grandes hogueras y luminarias por toda la ciudad, de suerte que la noche parecía día.

Será bueno decir quiénes fueron los caballeros y damas que se casaron. El fuerte Sarracino con la linda Galiana, Abindarraez con la hermosa Jarifa, Abenámara con Fátima, Malique Alabéz con la linda Cobayda, que ya le habían traído de Arbolote, y estaba de todo punto sano de sus penetrantes heridas; Azarque con Arbolaya, un caballero Almoradí con la bella Sarracina, un caballero Abencerraje con Gelima: todos estos caballeros y damas nombradas fueron casados en la misma sala real, en la cual hubo dos meses de fiesta y zambra. Como los caballeros y damas ya nombradas era toda gente principal, y la flor de la ciudad de Granada, se hicieron grandísimos gastos, así en comidas como en ricas ropas, oros y sedas; de manera que la ciudad estaba en esta sazón la más rica y opulenta, y más alegre y regocijada que había estado en ningún tiempo. Fuera gran bien para los moradores de la ciudad y para todo el reino, que siempre estuvieran en tranquilidad y concordia; pero como la rueda de la fortuna es mudable, presto volvió lo de arriba abajo, y dió con todo en el suelo, convirtiendo tantos placeres y regocijos en tristes llantos, como adelante diremos. Muza, como hombre á quien habían hecho cargo de las fiestas, presto concertó las cuadrillas del juego, tomándose él un puesto con treinta caballeros Abencerrajes, y dando el otro puesto á un caballero Zegri, hermano de Fátima, mancebo de valor; y este señaló otros treinta Zegries, deudos suyos, para el juego, el cual había de ser en la plaza de Vivarambla, donde se habían de correr los toros; y traídos, un día señalado los corrieron con mucha alegría de toda la ciudad, en presencia del rey y la reina, y de toda la corte. Congregáronse de la ciudad y forasteros mucha gente á la fama de las fiestas reales.

Ya se habían corrido cuatro toros muy bravos, y el quinto estaba en la plaza, cuando entró por ella un caballero en un lucido caballo; la marlota y capellar eran verdes, como quien vivía con esperanza, las plumas verdes con argentería de oro. Con él salieron seis con la misma divisa de su librea, y cada uno con un rejon negro en la mano, y unas listas de plata. Grande contento dió el caballero á todos los que estaban mirando las fiestas, y más á la hermosa Lindaraja, porque luego conoció á Gazul, que ya estaba sano de las heridas que le dió Reduán en la escaramuza que tuvieron los dos. Reduán no quiso estar en las fiestas aquel día, por los desdenes que le hacía Lindaraja; y por no verla, y por no traer á la memoria sus penas, se salió aquel día armado, por si encontraba algún cristiano con quien pelear. Pues como Gazul entró tan gallardo, y vió que todo el vulgo le miraba, se puso en medio de la plaza, y aguardó que el toro viniese por aquella parte,